

NUEVO MENSAJE DEL COMITÉ DE METROPOLITANOS (MAYO 17 DE 1965)

Nos dirigimos de nuevo a los católicos colombianos para darles nuevas orientaciones, según ofrecimos en nuestra declaración del 29 de abril.

Aun cuando la Iglesia no fue fundada para que cumpliera una misión en el orden temporal, sin embargo, es un hecho histórico que ella ha ejercido y ejerce una influencia benéfica y decisiva en la sociedad. Tal es la razón de que en estos momentos difíciles, haya un deseo común de que la Iglesia intervenga activamente trazando directivas precisas dentro de los límites de su misión. Pero la palabra y la acción de la Iglesia no pueden ser entendidas y apreciadas mientras no se tenga un concepto claro de esa misión que ella tiene sobre la sociedad temporal en la que le corresponde vivir y actuar. La carencia de ideas claras a este respecto puede llevar a un doble peligro: o creer que la Iglesia no hizo lo que de ella equivocadamente se esperaba; o tratar de ejercer presión sobre ella hasta ponerla -y aun hacerla caer- en la tentación de salirse de su campo propio, con toda la confusión y las lamentables consecuencias que de ahí se seguirían, como la historia lo atestigua.

Para los colombianos la Iglesia ha sido siempre una realidad tan identificada con la historia patria, que muchas veces se la trata equivocadamente más como un factor cultural o sociológico de la nacionalidad, que como lo que ella es de verdad: maestra de la fe. Sólo entendiendo así lo que es la Iglesia, puede apreciarse debidamente lo que ella está llamada a hacer en favor de la sociedad humana. El hombre colombiano, aun el que oficialmente pertenece a la Iglesia por el bautismo, suele mirarla desde afuera, sin llegar a comprender de manera total los deberes que le impone su condición de cristiano; la considera únicamente como estructura jerárquica, en la cual la responsabilidad de la acción pesa sólo sobre los hombros de los Obispos y Sacerdotes.

La Iglesia ejerce influjo en lo temporal a través de la transformación personal del hombre que acepta libremente el mensaje del Evangelio. El cristiano es el hombre que en virtud de su vida nueva, de su fe, de su caridad, impregna de sentido moral la cultura y el trabajo humanos. Así aparece en todo su valor la imagen evangélica de la levadura que, mediante la transformación de cada persona, obtiene efectos sociales en el saneamiento de estructuras, en la creación de condiciones más humanas, en la búsqueda constante del bien común.

La influencia de la Iglesia en lo temporal pertenece de una manera directa a la acción de los laicos; a ellos pertenece por propia vocación buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. En el laico está tan íntimamente ligada la condición de cristiano con el deber de comprometerse en la construcción de la ciudad terrena, que eludir este compromiso temporal significa simultáneamente una infidelidad a su cristianismo y una traición a su patria.

En nuestro concepto, ésta es la raíz más profunda de la descomposición actual, que si bien se extiende a los más diversos sectores del país, tiene peores consecuencias cuando afecta a las personas e instituciones de quienes depende más directamente el bien común de la Nación. Si la conciencia cristiana hubiera animado la actividad civil de los colombianos, no habría tenido el país que verse ahora enfrentado a una crisis que se manifiesta en la desmoralización de varios sectores de la sociedad, en el desprecio de la vida y bienes de los ciudadanos, en la falta de un auténtico concepto de responsabilidad en el cumplimiento del deber ciudadano, y en general en el predominio de intereses particulares y de grupo, frente a las exigencias del bien común.

Ante semejantes circunstancias, exhortamos a los colombianos que creen de verdad en Cristo a sentirse obligados en conciencia a intervenir en la solución de los problemas que afectan al país, siempre a la luz del Evangelio. Esto exige poner en práctica la iniciativa personal y comunitaria, sostenida por el ejercicio de virtudes indudablemente muy costosas: sentido del bien común; espíritu generoso de sacrificio aceptado por todos; renuncia a las ambiciones personales y de grupo, y un sano optimismo que se funde en los grandes recursos humanos y en las inmensas posibilidades naturales del país. Si se logra este propósito de unidad nacional, Colombia no presentará campo propicio para que prosperen ideologías disolventes y anárquicas.

Llamamos con ahínco la atención de los colombianos sobre el peligro real que representa el comunismo para el país. Sin pretender atribuir al comunismo la exclusiva responsabilidad de los graves problemas nacionales, no podemos caer en la ingenuidad de desconocer su presencia actuante en muchos de ellos y su voluntad permanente de propiciar el caos y de aprovechar las difíciles condiciones políticas, económicas y sociales del país, para realizar sus planes de subversión internacional.

Queremos finalmente pedir, en acatamiento a recientes directivas del Soberano Pontífice, que en el mes de junio, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, al cumplirse en este año el segundo centenario de su fiesta, se eleve al Señor una intensa cruzada de plegarias por la paz del mundo y de Colombia, que un día en los albores del siglo, a fuer de país cristiano, se consagró solemnemente a su Divino Corazón.

Dado el 17 de mayo de 1965.

+ Luis Cardenal Concha, Arzobispo de Bogotá; + Aníbal Muñoz Duque, Arzobispo de Nueva Pamplona; + José Ignacio López Umaña, Arzobispo de Cartagena; + Tulio Botero Salazar, Arzobispo de Medellín; + Arturo Duque Villegas, Arzobispo de Manizales; + Ángel María Ocampo Berrío, Arzobispo de Tunja; + Alberto Uribe Urdaneta, Arzobispo de Cali; + Miguel Ángel Arce Vivas, Arzobispo electo de Popayán.